

NOS VAMOS

DIARIO DE MANUEL BELGRANO DURANTE EL ÉXODO JUJEÑO

Ricardo Lesser

ILUSTRACIONES DE **Huadi**



NOS VAMOS

Ricardo Lesser

ILUSTRACIONES DE **Huadi**

Manuel Belgrano murió a las siete de la mañana del 20 de junio de 1820, en la misma casa en la que nació, en la calle Santo Domingo.

En ese instante, Juana, su hermana, dejó de remover las brasas encendidas para que dieran más calor. Ya eran inútiles.

Después cubrió el único espejo del cuarto y corrió las cortinas. El sol, que estaba empezando a salir, se quedó afuera.

Hasta que, unos días después, Juana dejó pasar el sol, que golpeaba en la ventana. La luz hizo que la habitación ahora vacía pareciera más vacía todavía.

Pero quedaban algunas cosas del general. El sable de aquellas victorias y estas derrotas. Una vieja escarapela abandonada en un rincón. Uno de los libros que había traducido del francés cuando era joven. Las botas debajo de la cama.

Juana conocía esos objetos y había pensado en distribuirlos entre sus hermanos como quien reparte reliquias.

Le faltaba sólo el baúl que había acompañado a su hermano en sus largas campañas militares.

Era un cofre rectangular con una tapa abovedada de la que colgaba un candado abierto. Juana creía que lo había vaciado completamente. Pero no.

En el baúl se encontró con un tubo de cuero en el que no reparó antes. El cilindro estaba como gastado; cansado de tanto ir y venir.

Juana miró adentro del tubo como si fuera un telescopio. Adentro había algo. Metió dos dedos con cuidado, como si se asomara a un secreto de su hermano.

Eran unas hojas enrolladas de papel grueso. Estaban sujetas con un lazo de seda celeste cielo.

Lo desató. El rollo de hojas se abrió. Y, de entre ellas, cayó un mapa. Parecía la representación de una ruta.

El camino empezaba en una localidad marcada con un redondel. San Salvador de Jujuy. Al lado había una fecha: «23 de agosto de 1812». ¿No fue ése el día...? ¿En agosto...? Juana no pudo recordar exactamente.

Desenrolló los folios sobre una mesa. La letra era claramente la de Manuel: ligeramente inclinada hacia la derecha, con esa forma tan especial de escribir las eses que tenía.

Las anotaciones se iniciaban indicando el lugar y la fecha en la que habían sido escritas: «Camino a Yatasto, 25 de marzo de 1812».

Y las notas eran personales: «Escribo esto...» Como si no tuvieran más destinatario que él mismo.

Se puso a pensar. ¡Un diario!

Juana había encontrado el diario íntimo que Manuel Belgrano había llevado en los días del Éxodo Jujeño.



Camino a Yatasto,
25 de marzo de 1812

Escribo esto porque me siento solo. A menudo recorro los fogones nocturnos. Me quito las medallas, me cubro con un poncho anónimo y salgo al campamento. Quisiera compartir esa camaradería que se da entre los soldados cuando descansan.

Sin embargo, enseguida me reconocen.

Interrumpen su charla. Se incorporan trabajosamente. Les pido que continúen. Pero se sienten incómodos. No quieren un camarada, sino un jefe que los conduzca, que los cuide. Alguien a quien puedan reclamarle por la poca carne que flota en sus pucheros escasos, a quien protestar por los uniformes remendados una y otra vez.

Los he visto antes de la batalla. La infantería formada frente a la infantería enemiga en ocasiones durante horas. Sudan, sudan frío. Algunos tiemblan de coraje; o de miedo. Miran al frente. Esperan una voz, mi voz, que mande marchar. La orden parece calmarlos, ahora saben qué hacer.

En pleno combate, una arenga mía los enardece y avanzan, incontenibles. Otras veces me miran, o tengo la sensación de que me miran, casi derrotados, con los ojos implorantes. Comprendo entonces que tengo que decidir y que en ello les va la vida a esos soldados que sudan.

En situaciones de peligro consulto con mis oficiales. Quisiera desplegar mapas, observar con el catalejo. No hay tiempo. Tengo que tomar con urgencia una decisión que siempre es mía, únicamente mía. Es en esos momentos cuando me siento solo. Padezco la soledad de los generales.

Estas líneas me hacen sentir menos solo. Como si, al escribir para mí, pudiera hablar conmigo mismo. Expresar lo que no puedo decir a otros.

De todos modos, no sé si voy a seguir escribiendo. Tendré mucho que hacer. Mañana me haré cargo del Ejército Auxiliar del Norte, que marchó airoso a liberar el Perú y el Alto Perú y que ahora es un puñado de hombres desesperanzados. Mi misión es devolverles el ánimo a esos soldados abatidos.

¿Siempre me tocan a mí las tareas imposibles

